

CARMEN ROSA HERRERA DE BARTH
UNA VIDA DE CUALQUIERA

*Comprometidos con
el medioambiente*

CARMEN ROSA HERRERA DE BARTH

UNA VIDA DE CUALQUIERA



MEDELLÍN - COLOMBIA, 2020

Herrera de Barth, Carmen Rosa, 1912-2000

Una vida de cualquiera / Carmen Rosa de Barth. – Medellín: Editorial EAFIT, 2020
262 p.; 21 cm. -- (Rescates).

Nota: Obra publicada originalmente por la Biblioteca Pública Piloto de Medellín,
1995

ISBN 978-958-720-679-1

ISBN: 978-958-720-680-7 (versión EPUB)

1. Novela colombiana. I. Morales Henao, Jairo, pról. II. Tít. III. Serie

C863 cd 23 ed.

H565

Universidad EAFIT – Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

UNA VIDA DE CUALQUIERA

Primera edición: Biblioteca Pública Piloto de Medellín (1995)

COLECCIÓN RESCATES

Primera edición en la Colección Rescates

© HEREDEROS DE CARMEN ROSA HERRERA DE BARTH

© EDITORIAL EAFIT

CARRERA 49 No. 7 SUR - 50 TEL. 261 95 23, MEDELLÍN

<http://www.eafit.edu.co/editorial>

Correo electrónico: fonedit@eafit.edu.co

EDICIÓN: Claudia Ivonne Giraldo G.

CORRECCIÓN DE PRUEBA: Carmiña Cadavid Cano

DISEÑO DE COLECCIÓN: Alina Giraldo Yepes

ILUSTRACIÓN DE CARÁTULA: William J. Giraldo G.

ISBN: 978-958-720-679-1

ISBN: 978-958-720-680-7 (versión EPUB)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad. Decreto
Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia.
Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la
Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación
Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN

Jairo Morales 9

INTRODUCCIÓN 13

CAPÍTULO 1.

DESCRIPCIÓN 15

CAPÍTULO 2.

LA AURORA 19

CAPÍTULO 3.

LOS HIJOS DEL MÍSTER 27

CAPÍTULO 4.

EL COLEGIO 33

CAPÍTULO 5.

CRUEL JUGADA DEL DESTINO 39

CAPÍTULO 6.

LA FUERZA DEL DESTINO	53
-----------------------------	----

CAPÍTULO 7.

SEGOVIA	59
---------------	----

CAPÍTULO 8.

INDECISIONES	75
--------------------	----

CAPÍTULO 9.

UNA LINDA AMISTAD.....	79
------------------------	----

CAPÍTULO 10.

INESPERADO ENCUENTRO.....	95
---------------------------	----

CAPÍTULO 11.

INCIDENCIAS.....	117
------------------	-----

CAPÍTULO 12.

DESPEDIDA DOLOROSA.....	135
-------------------------	-----

CAPÍTULO 13.

REGRESO A LA AURORA.....	153
--------------------------	-----

CAPÍTULO 14.

CRUEL DESPEDIDA	173
-----------------------	-----

CAPÍTULO 15.

MINA BERLÍN.....	201
------------------	-----

CAPÍTULO 16.

LA SIBERIA	205
------------------	-----

CAPÍTULO 17.

TRES ESQUINAS	213
---------------------	-----

CAPÍTULO 18.

REGRESO AL CHOCÓ	227
------------------------	-----

CAPÍTULO 19.

TRASLADO A SAN ANDRÉS	231
-----------------------------	-----

CAPÍTULO 20.

DESAFORTUNADO TRASLADO.....	241
-----------------------------	-----

CAPÍTULO 21.

MI FAMILIA.....	249
-----------------	-----

CAPÍTULO 22.

ÚLTIMO ACCIDENTE.....	257
-----------------------	-----

PRESENTACIÓN

UNA VIDA DE CUALQUIERA: RIQUEZA TESTIMONIAL

“Al declinar la existencia es indispensable tratar de reunir la mayor parte de las sensaciones que han atravesado nuestro organismo. Pocos conseguirán realizar así una obra maestra (Rousseau, Stendhal, Proust), pero todos serían capaces de preservar de tal manera algo que sin este pequeño esfuerzo se perdería para siempre. Llevar un diario o escribir a una cierta edad las propias memorias debería ser una obligación ‘impuesta por el Estado’; el material que de tal forma se habría reunido después de tres o cuatro generaciones tendría un valor inestimable [...] no hay memorias que no encierren en sí mismas valores sociales y pintorescos de gran importancia”. Estas palabras, escritas por el estupendo narrador italiano Guisepppe Tomasi di Lampedusa en la Introducción a sus *Recuerdos de infancia*, sirven con mucha propiedad para resumir algunos de los mejores valores del libro de Carmen Rosa de Barth, *Una vida de cualquiera*.

Gracias al esfuerzo de la autora por dejar testimonio de los momentos y circunstancias más decisivos de su vida, algunas cosas de la historia del país no se han “perdido para siempre”. Al rescatar buena parte de su crónica, colateralmente lo ha hecho de una franja de la experiencia nacional y regional en las

primeras décadas del siglo XX, de manera específica lo que fue la vida de los ingenieros extranjeros que arrimaron el hombro a la modernización de Colombia en materia vial, minera, petrolera, aeroportuaria, etc. Por supuesto, no es la primera vez que se habla de ellos, que se les reconoce lo que hicieron, tanto en estudios socioeconómicos como en obras biográficas, pero todo lo que se acopie de material inédito tiene un valor incuestionable. La recuperación de todo anecdotario de esas existencias vividas bajo los signos del riesgo, el azar y la provisionalidad, de la envidia y los olvidos, y, sobre todo, de una ingratitud de rasgos atávicos, amplía el conocimiento de nuestro propio pasado, nos completa.

Como muchos libros de memorias escritos cuando sus autores tienen ya una edad avanzada, estas páginas de Carmen Rosa de Barth retozan en un territorio donde no interesa tanto el género literario al que suelen adscribirse otros proyectos, como la fidelidad evocadora de la palabra, donde la pulsión autobiográfica se impone a cualquier camisa de fuerza literaria, donde, en una palabra, el anhelo del testimonio hace valer su linaje primario sobre la ficción y la preocupación por una composición sólida cede ante un recordar espontáneo.

Como resultado de ese viaje de la memoria que desovilla una vida, equilibrando el interés documental con el estético, se logra en la fragmentariedad agrupada establecer lo que fue un destino personal y, de contera, los valores que lo alimentaron y la atmósfera general de unos años. Mucho de esto lo consigue Carmen Rosa de Barth en su libro *Una vida de cualquiera*. Todo libro de memorias naturalmente aspira a la totalidad. Ninguno lo consigue, por supuesto. Y no solo por las limitaciones universales y particulares que constriñen a todo autor, sino porque no tendría valor, amén del tedio que significaría la reconstrucción exhaustiva del anecdotario de una existencia: de lo

que se trata es de ofrecer la intensidad significativa de esta –sus epifanías y desgarramientos determinantes– a través de una obligada selección, es decir, de una construcción.

Y son la sinceridad y limpieza evocadoras que animan el libro la savia que provoca su lectura interesada, ante todo en su primera parte. No quiere esto decir que la segunda haga agua, que no ofrezca sabrosos bocados al apetito lector. No. Sin tratarse de un gran libro, sostiene de principio a fin un similar nivel de escritura –exceptuando ese momento en que no reprime el impulso de sermonear a la juventud de hoy–. Solo que el ritmo pausado de la primera favorece su degustación en mucho mayor medida que el desenvolvimiento acelerado y nervioso de la segunda. No se trata, aclaramos, de una separación formal, sino de un diferente tratamiento del material impuesto porque su resonancia en la memoria de la autora no es el mismo: niñez y juventud quieren volver con todas las paladeadas lentitudes de lo que es ensueño o paraíso perdido; la vida adulta parece querer escabullirse pronto entre las líneas de la página. Sobre la dicha recordada, se camina; sobre el dolor y las bregas, se cabalga raudo.

La infancia en *El Zancudo* (Titiribí, Antioquia) y la prolongada cantata de amor, donde se cuenta el nacimiento de ese idilio pastoril entre dos niños y su final realización adulta luego de años de espera, desencuentros y dificultades, como en cualquier novela convencional de amor que se respete, es la parte que mejor entrega, tanto lo que fue el signo de ese amor como las conductas generales y los valores que las alimentaban, el horizonte de vida de ciertos hombres y capas sociales de una época. Todo ello surgiendo en la luz indirecta que le proporciona esa historia de amor en un lugar y un tiempo con nombres propios, porque en ningún momento la autora se ha propuesto pintar el fresco de una época. Lo que le quema las manos es el tejido de lo que

fue su vida hasta el comienzo de la vejez, lo demás es accesorio, derivado o circunstancial.

El idilio pastoril es precipitado por el matrimonio en el acezante torbellino desgastador de las imposiciones de la responsabilidad adulta. El rosario de traslados del esposo-ingeniero (si se lee el libro se verá que no es indiferente la unión que hacemos de estos dos sustantivos) a lugares apartados y selváticos, no siempre con aceptación de la esposa, y su secuela de separaciones; la convivencia familiar en medio de la precariedad de los campamentos y de su inveterado aislamiento de los centros urbanos desarrollados; en suma, una vida difícil, en ocasiones tocada por una fortuna modesta, y en otras, por su reverso, herida por la cuota normal de pena de toda vida humana (léase muerte, enfermedad, sufrimiento moral), concluyen por hacer del agua pura de ese amor de infancia una verdadera, rota, chamuscada, fragmentada pero enhiesta “bandera de Palonegro”.

Pero esa fidelidad a la “prosa de la vida” favorece en fuerza y credibilidad la extensa secuencia del romance y la infancia, y afirma la condición testimonial de estas memorias, con las cuales Carmen Rosa de Barth ha cumplido con esa “obligación” ideal propuesta por Lampedusa para todo ciudadano entrado en años. Memorias que, dentro de su inevitable fragmentariedad, dadas las limitaciones de toda vida humana y la obligada selección del total de material biográfico, encierran “en sí mismas valores sociales y pintorescos de gran importancia”.

Jairo Morales Henao

Tomado de *Lecturas*, Biblioteca Pública Piloto, 1995

INTRODUCCIÓN

Una vida de cualquiera es un relato común acerca de personas que por fuerza del destino tuvieron que vivir al margen de toda comunidad y diversión según la clase social a la que pertenecían, por circunstancias especiales; las minas y las vías de comunicación fueron su lucha.

La Nena compartió su niñez con el pequeño Albert, y vivían cual dos pajarillos al cuidado de sus padres Alfredo Fernández y el doctor Richard Ribert, quienes trabajaban como técnicos en la mina de El Zancudo.

Creo que es provechoso mirar a través de estos relatos, casi inverosímiles, cómo se puede vivir un amor imposible y la forma corriente en que se desarrolló: desengaños, trabajos, luchas espirituales implacables, encuentros prodigiosos, lugares desérticos, inconformidades y, al fin de la lucha, la unión y un decidido enfrentarse a la naturaleza virgen, cerrada y desafiante. Y dentro de ella, la felicidad perseguida por dos seres que al final creen haberla encontrado, ignorando los azares que les tenía reservado el destino para probar la fuerza vital de sus voluntades.

Estos relatos se refieren solo al trabajo tenaz de un ingeniero en los campos más inhóspitos de Colombia, siempre en busca del progreso y las comunicaciones. Y al terminar de la ruta... la derrota, lo inexorable.

Y al final va la Nena, sola, luchando por la cultura y ofreciendo sus obras literarias como un desafío espiritual a su nostalgia.

CAPÍTULO 1

DESCRIPCIÓN

Las empinadas crestas de los Farallones del Citará lucían despejadas, imajestuosas! Y en todo su fulgor se divisaban los contornos de las altas lomas, esas estribaciones que se extienden perezosamente hasta quedar dormidas en las extensas llanuras o planicies que lentamente riega el Cauca.

En su extensa carrera no pretende detenerse y va ofreciendo en su profundo serpentear, inmensas riquezas en terrenos laborables donde lucen los cacaotales, sombríos inmensos de búcaros y carboneros que cubren el oro verde. Minas de carbón de hulla y de oro, que en intrincadas redes llevan las cordilleras en sus entrañas rocosas y que se perfilan desafiantes ante la naturaleza. Grandes extensiones de potreros y cafetales que de los valles van empinándose hasta las más increíbles pendientes entre el amarillo o verde de las inmensas dehesas de ganado, y las huertas que adornan las valiosas fincas que son la despensa de poblaciones y ciudades.

Cuando empezó la fiebre de trabajar las minas en las postrimerías del siglo pasado, los trabajadores lo hacían en formas muy rústicas, como la razón les indicaba: con pequeños taldros, martillos y pólvora rompían los nudos de las cordilleras. En

Marmato y Supía fueron las primeras experiencias de extraer el oro en condiciones comerciales. Con almadanas quebraban las piedras y lavaban las arenas en las bateas en que se lavaba el oro corrido de los ríos. Ese era el método utilizado por los indígenas. Por esos ensayos los propietarios supieron que las minas eran muy ricas, resolviendo conseguir expertos y formar sociedades con técnicos de otras naciones para hacer los montajes en la forma moderna de otros países. Alemania e Inglaterra fueron los que cambiaron las carretas de madera, los taladros de mano, las almádanas, las picas y las palas.

Anteriormente, de Estados Unidos habían enviado técnicos en minería, pero en el campo no sabían ni cómo manejar la brújula, ni aun los rústicos aparatos con que trabajaban los mineros nacionales. Los primeros ingenieros fueron alemanes: el Dr. Carlos Gartner, Dr. Carlos de la Cuesta, don Luis Felipe Henker y don Julio Rister, quienes hicieron una bella amistad con los trabajadores de las minas.

Los primeros técnicos que enviaron fueron Mr. Boussingault y Mr. Maulle, quienes elogiaban la fidelidad y el trabajo del personal que laboraba en esa dura faena, sin técnica alguna, y también la belleza bucólica de sus pueblitos. Y así se lo decían a los demás ingenieros que llegaban.

En cuanto llegaron a Marmato se hicieron muy amigos de los otros ingenieros de El Zancudo, sociedad que se había fundado en 1877 con Mr. Tyrell Moore, quien en las innovaciones realizadas en la mina solo había instalado una pequeña Pelton. Con esta mejora se formó la Sociedad de La Unión, cuyo dueño inicial fue don Coroliano Amador.

El general don Marceliano Vélez desde 1865 había hecho una reorganización del departamento de Antioquia. En ese tiempo Titiribí era la capital de la Provincia del Cauca, siendo esta apenas

una pequeña aldea. Desde entonces todo lo jurídico pasó a la jurisdicción de Medellín en esa nueva organización.

La comisión de estudios de El Zancudo contrató a los doctores Carlos Garner y Carlos de la Cuesta como ingenieros destacados en esa especialidad, y estos se trasladaron a El Zancudo con su equipo de colaboradores.

Como persona de confianza venía con ellos don Alfredo Fernández, casado con una bella joven, doña Laura Escovar, y su familia. Él también vino a trabajar en ese equipo a Titiribí. El señor Fernández, de familia caldense, persona muy bien preparada y amable; doña Laura, inteligente, muy culta y humanitaria, de origen antioqueño (suroeste). Cuando llegaron a la mina se situaron en una linda casita rodeada de jardines, con amplios corredores, donde se mecían antiguas melenas y begonias de diferentes colores, que alegraban distintos lugares de la casa.

Allí se reunían en las tardes ingenieros y amigos con los trabajadores, a comentar los problemas del trabajo en una amable camaradería, y el amor, en las tardes, se mecía tranquilo y sosegado en agradables tertulias hogareñas. Tranquilo pasaba el tiempo y como no había casi qué leer, ni diversiones, las gentes se sometían a esa apacible soledad, que solo alegraba cada año la llegada de un nuevo retoño.

Los ingenieros eran el doctor Carlos Gartner, el doctor Carlos de la Cuesta y el doctor Richard Ribert, quien llegó con otras personas que se instalaron en diferentes partes del país: las familias Cock, Eastman, Willis, Rister, Wolff. El doctor Ribert llegó a Titiribí con su familia, contratado como los otros dos, Gartner y De la Cuesta. La familia del doctor Ribert se componía de su señora, Frau Lenny, y su pequeño hijo; vivían al frente de la casa de doña Laura y por esa circunstancia se hicieron muy amigas las dos familias, que fueron líderes en todos los aspectos en cuanto

a mejoramiento social y cultural de la región. Frau Lenny era de carácter suave, muy colaboradora, por lo que los trabajadores la respetaban y querían igual que a doña Laura, que era la de las ideas, pues el idioma de Frau Lenny era muy deficiente. Ella enseñaba a bordar y a tejer a las señoras y niñas de la región. Y en la escuelita eran ellas las que proponían con las madres qué era lo que se debía hacer para el mejoramiento en cuanto a educación y cultura de los niños de esas veredas.

Ahora vamos a ocuparnos de los niños pequeños de las dos familias: Albert era un niño de seis años, muy blanco, de ojos azules, que hacía honor a su raza aria. Los hijos mayores de la familia Fernández ya se habían casado o estudiaban en la ciudad y con ellos solo quedaba una pequeña de cuatro años, blanca, sonrosada, con sus cabellos rizados, que caían graciosamente ensortijados sobre sus hombros; era dos años menor que su amigo Albert. La llamaban la Nena.

Los ingenieros europeos que llegaron al país en ese tiempo eran felices en los pueblitos por la apacibilidad que se disfrutaba. Ellos venían huyendo de los horrores que les habían dejado las guerras que acababan de terminar.